

Dos hermanos y partes iguales



El solar donde con el tiempo se construyó el Templo de Jerusalén, antes era tierra de labor. Allí dos hermanos sembraban trigo y cuando llegaba el tiempo de la cosecha hacían partes iguales.

Uno era casado y tenía mucha familia. El otro era soltero.

Un año cosecharon el trigo e hicieron dos montones iguales de gavillas. Pero en la noche el que era soltero comenzó a pensar: "¿Cómo va a ser justo que hagamos partes iguales si mi hermano tiene tantos hijos y tantos gastos y yo vivo solo y casi no tengo gastos? Voy a quitar de mi montón unas cuantas gavillas y las juntaré con el montón de él. No se dará cuenta, no podrá rehusarlas y cuando venda el trigo se ayudará en algo". Y así lo hizo.

El que era casado le decía a su mujer: "Pobrecito mi hermano. Él vive solo. Nosotros como quiera que sea nos ayudamos porque somos muchos. Pero él no tiene quien le ayude. ¿Sabes qué? Voy a quitar del montón de nosotros algunas gavillas y las voy a juntar con el montón de él. No se dará cuenta; no podrá rehusarlas y cuando venda el trigo se ayudará en algo". Y así lo hizo.

A la mañana siguiente fueron los dos al campo y se sorprendieron de ver los dos montones iguales. Pero no dijeron nada porque no querían que se descubriera su buena obra.

Así lo hicieron tres noches seguidas. Pero la tercera vez llegaron los dos a la misma hora y se dieron cuenta de lo que estaban haciendo.

¿Cómo cambiaría el mundo si fueran frecuentes actitudes de estas!

Catequesis en Cuentos y Anécdotas
P. Domingo Zugliani

Muy cierto...

Dar después de la muerte es ser generoso, con lo que no nos pertenece.

Dícelo a esas personas facultosas que se resisten a ayudar en vida a quienes lo necesitan o a las empresas de apostolado.

Las Partes de la Misa

8. LA ORACIÓN DE LOS FIELES:

En el Credo hemos expresado y precisado nuestra fe personal y colectiva, por eso ahora, como comunidad de fe, nos dirigimos a Dios, elevando nuestras súplicas, pidiéndole por todas nuestras necesidades y pidiendo unos por otros. Nuestras súplicas, como nuestro acto de fe, son siempre, a la vez, personales y comunitarias.

9. EL OFERTORIO:

Como Iglesia, unidos en una misma fe, en un mismo corazón, presentamos ahora la sencilla ofrenda que Dios mismo transformará en el cuerpo y la sangre de su Hijo Jesucristo. Pan y vino son fruto de nuestro trabajo personal y comunitario, y simbolizan las dimensiones más sencillas de nuestra vida diaria: nuestro trabajo, nuestro sustento y nuestra alegría.

Con el pan y el vino va incluida la ofrenda de nuestra vida, de nuestro trabajo y de nuestro amor; nuestras penas, fatigas y alegrías van a ser recibidas por Dios de las manos del sacerdote y, como el pan y el vino, nuestro propio ser (cuerpo y alma) será también santificado y transformado con la presencia viva y real de Jesucristo Eucaristía.

En este momento unámonos al sacerdote, entregándole a Dios nuestra vida, nuestra familia, nuestro trabajo, nuestra oración, nuestras penas y alegrías, nuestro cuerpo, nuestra alma, nuestra mente con todos sus pensamientos, nuestro corazón con todos sus sentimientos y deseos, nuestros labios y todas nuestras palabras, nuestros amigos y seres queridos, incluso los que no nos aman, en fin, toda la realidad humana ma-

terial y espiritual de la que somos parte, para que toda esa realidad sea transformada por Cristo, sea santificada, sea cristificada; para que todos seamos hostias vivas, sagrarios de la presencia del Espíritu Santo; y para que el mundo entero sea un altar para la gloria de Cristo Jesús.

10. CANTO DEL SANTO: Hemos hecho ofrenda del pan y del vino, de nosotros mismos y del mundo entero. Ahora esta ofrenda va a ser consagrada: la hostia se transformará en el cuerpo de Cristo y el vino en su Sangre. Por esa consagración, nosotros mismos seremos santificados y el mundo entero también.

Nos unimos a los santos y a los ángeles, que contemplan y gozan ya del fruto de estos misterios, cantando a Dios: "Santo, santo, santo es el Señor, Dios del universo, llenos están los cielos y la tierra de su gloria. ¡Hosanna en el cielo! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en el cielo!" El cielo (los que ya gozan de la gloria de Dios) y la tierra (los que estamos de camino hacia la gloria) cantan la santidad de Dios, pues Él es el único verdaderamente santo y fuente de toda santidad.



DE DOCTORES...

Un médico a un paciente:

- Bueno, se va a tomar en la mañana esta pastilla roja con un vaso de agua; luego al mediodía esta pastilla azul, con un vaso de agua, luego en la tarde esta pastilla amarilla, con un vaso de agua y en la noche esta pastilla verde, con un vaso de agua.

- Pero doctor ¿Qué tengo?

- Que no toma suficiente agua

Está el doctor en su consultorio cuando de repente entra la asistente y le dice: - Doctor, doctor, el paciente que usted acaba de dar de alta cayó muerto al frente de la clínica.

Y pregunta el doctor: - ¿Y cayó con la frente para la calle? - Sí.

- ¡Pues vaya y dele vuelta para que crean que iba entrando!



pensamientos
provechosos

Adoremus los juicios de Dios, justos y santos, que todo dispone para nuestro bien y para hacernos santos.

**jaculatoria
DEL MES**

Señor, tú eres mi Dios y mi salvador, en Ti espero siempre.



Proporcional



Una familia celebra el bautismo de un nuevo vástago. Los padres sostienen embelesados al pequeño. El sacerdote pregunta:

-¿Qué nombre habéis elegido para el niño? Y responde el padre con orgullo:

-Francisco de Borja José María, Carlos Alfonso de Todos los Santos...

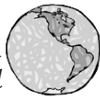
Al oírle, el cura lo interrumpe con un gesto y mirando al monaguillo, dice:

-¡Chaval, trae más agua!

La primera función del nombre es individualizar, servir de distintivo para toda la vida. Aunque algunos nombres de hoy, más que un distintivo, constituyen un castigo para quien lo lleva encima.

Un cristiano impone -debe imponer- al niño el nombre de un santo. Es una manera de poner bajo la protección de ese santo al pequeño que se bautiza. Claro que no hace falta amarrar la protección de toda la corte celestial.

Fin del mundo



Un sacerdote explicaba a un grupo de niños el momento del fin del mundo. Se explayaba refiriendo las señales y prodigios que le acompañarán.

Uno de los pequeños escuchaba atentamente la explicación. Se le veía gozoso y sonriente. El cura, un tanto amosado, le dice:

-¿De qué te ríes, Javier? Parece que te divierte. -No -dice el pequeño-. Es que pensaba que, con tanto temporal, seguro que ese día no hay clase.

El único bien absoluto, bien total, sin mezcla de mal alguno, es Dios. Y el único mal absoluto, mal total, sin mezcla alguna de bien, es el infierno, la condenación. En todo lo demás hay mezcla de bien y mal.

El pesimista sólo ve lo que hay de malo, aún en lo más bueno. El optimista sólo ve lo que hay de bueno, aún en lo más malo. El realista es el que es capaz de ver ambos lados y comparar: descubrir cuál pesa más, cuál es mayor.

¿Qué clase de visión es la mía?

Del diablo a Dios

Hace algunos años un escritor de Francia se convirtió a la religión católica: Adolfo Retté. Después escribió también un libro donde narra la historia de su conversión. El título del libro es: Del diablo a Dios.

El mismo, nos narra su conversión: Un día caminaba por una calle de la ciudad de París y pasé enfrente de la catedral. Es una de las iglesias más hermosas de Europa. Pasar delante de la catedral y sentir que una fuerza sobrenatural se estaba posesionando de mí fue la misma cosa. Y la fuerza me obligaba a entrar. Yo me resistí: hacía años que no me paraba a un templo y no creía en nada.

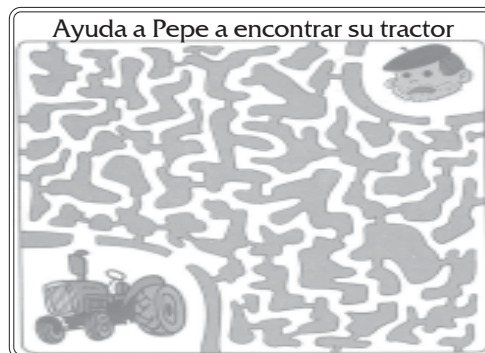
Pero la fuerza sobrenatural que se había posesionado de mí me obligó de tal manera que no pude resistir más. Entonces pensé: entraré para visitar el templo, como un turista que llega a visitar un monumento. Hay tantas cosas hermosas en esos templos: pinturas hermosas, esculturas que son obras de arte, los mismos vitrales de la iglesia son algo preciosos.

Y me dije: entraré para visitar el templo. Pero la fuerza que se había posesionado de mí me obligó a caminar por todo el pasillo central de la iglesia hasta llegar a un confesionario donde estaba un sacerdote sentado y esperando.

Cuando me vi ante el sacerdote me puse muy nervioso y empecé a decir, mejor a gritar: mire que yo no he venido para confesarme, ni me confesaré nunca, yo no creo en nada.

El sacerdote me miró un tanto extrañado y luego me dijo:

-**Señor, nosotros no obligamos** a nadie. Uno está aquí sentado, esperando porque es un templo grande; a todas horas del día llegan visitantes y muchos son creyentes y siempre hay uno que otro que aprovecha la oportunidad para confesarse. Usted no ha venido con la intención de confesarse, siga visitando la iglesia. No pasa nada.



No. La fuerza que se había posesionado de mí me obligó a hincarme ante el sacerdote y, sin saber cómo, empecé a confesar todos los pecados de mi vida. Y conforme le iba diciendo yo mis pecados al padre tenía la impresión que una mano misteriosa estaba raspando del fondo de mi alma toda esa capa de inmundicias y de pecados que se habían ido amontonando allí durante tantos años.

Y cuando terminé de confesar todo y el sacerdote trazó sobre mí la señal de la absolución, sentí como que se me había quitado de encima el peso de una montaña.

Me levanté, salí de la iglesia y oía repicar las campanas de todas las iglesias de la ciudad de París.

Mentira: no estaban repicando las campanas en ningún parte. Pero para él había sido una experiencia tan hermosa el haber descargado la conciencia, haber recibido el perdón de Dios, haber quedado limpio en el alma, con la conciencia en paz y reconciliado con Dios, que tenía la impresión que también fuera de él todo era fiesta, todo era alegría, todo era música, todo era paz.

reflexión

Un fracaso no es una vida fracasada; quizá sean necesarios muchos fracasos para que la vida sea un éxito y quizá la ausencia de fracasos sea lo que constituya una vida fracasada.

Porque vida fracasada es no hacer nunca nada para no exponerse al fracaso; si nunca haces nada, nunca fracasarás; pero si nunca fracasas, quizá sea porque nunca haces nada; y no hacer nada, ¿no es una vida fracasada?

Si no quieres equivocarte, si no quieres ser criticado, no hagas nada; pero si no haces nada, ya estás equivocado; y si no haces nada, podrán criticarte y en este caso con razón.

Muchos éxitos comenzaron con fracasos; muchos fracasos tuvieron como positivo el haber intentado el éxito; y, después de un fracaso, siempre queda tiempo para una victoria definitiva.

Siempre debemos atribuir a Dios la victoria y los éxitos; los fracasos se deberán a nuestra flaqueza y miseria.